

La Colmena *Pliego de poesía*

DAVID ROSALES ARAGÓN

EL LIBRO DE ESTHER



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Número 65/66, enero-junio, 2010.

A Laura, Rebeca y Pedro

...si he hallado gracia en tus ojos

... séame dada mi vida...

Esther 7:3

IMAGEN DE PORTADA: *Orpheus*, The Garden Poisoned (Eurydice has been bitten by a snake).

I

Nos dieron la memoria
mas no el olvido,
esa es la razón
por la cual la lluvia
y la noche
no se detienen.
De nada sirven
las palabras
ni las lámparas,
si los recuerdos
siguen escritos
a fuego
en la piel.

II

No dejamos que mueras,
no del todo, tus gestos,
palabras y sueños
siguen como
agua en cal
abriendo heridas
en los campos
de trigo,

ni siquiera
nos atrevemos
a mirar
los atardeceres

por temor
a que los días
desaparezcan
y tú con ellos.

III

A caso no escuchas,
Esther, la voz de tus hijos
y mi voz en ellos,
debo decirlo
es la única forma
que tengo
para no sentir
tu presencia,
recordar tu espalda
en mi piel,
sorber los recuerdos
de las fotos sepias,

debo repetirlo
y gritarlo:
hay un hueco
que nadie,
escucha nadie,
puede detener.

IV

Desde tu partida
nos sobra el aire,
a pesar del todo
no es suficiente
para respirar.

V

¿Qué provecho?
Pregunto.
¿Qué provecho
hay en su muerte?
Descenderá
a la sepultura.
¿Y, acaso, Señor,
te alabará el polvo,
anunciará tu verdad?

VI

Hay quienes duermen
bajo los crepúsculos,
nosotros huimos de ellos,
nos duele la luz
derrapando al final
de los pájaros,
¿para qué los crearon,
para qué los trajeron,

para qué,
dime?

Permanecen cerrados
los ojos y así seguiremos
hasta que los tiren
y rompan todas
las postales
y las fotografías
donde el sol
rasgue sus vestiduras.

VII

¿De verdad nos importan
las fiestas de enero,
los martes de carnaval,
San Miguel o San Martín?

Sí aún seguimos
celebrando tu arribo
y partida.

Dos son los días
que tenemos
para respirar y vivir.

VIII

Envejecimos
de tanto mirar al cielo,
ciegos del pan ácimo
que no pedimos,
heridos por las perdices
que desgarraron la piel,
ahogados por la hégira
que se llevó
manteles,
sábanas
y tus vestidos.

IX

Nos duelen
los ocasos,
las voces de los niños
tras la casa,
el agua y el pan
también nos duelen.

X

Siempre, dijiste,
habrá quien
apague su sed.

Secos, así vamos,
dejando arenas
en cada uno
de los vasos
donde sorber
recuerdos.

XI

Aquí, tus hijos,
repito tres y uno más,
no aceptamos los abrigos,
ni las palabras,
trazamos nuestro destino
a cal y canto,
nunca perseguimos
el vuelo de las golondrinas
que hacen nido en el templo,

estamos
atados al invierno.

XII

Nadie dijo que sería fácil
cortar de tajo los olvidos,

que la memoria enraizaría
en cada una de tus plantas,
a veces converso con ellas

corto las hojas
para verlas caer
y yo en ellas.

XIII

Regresamos al patio de la infancia
a las redes con las cuales
atrapar tus palabras,

que no daríamos por dejar de sentir el frío,
las piedras en las manos,
los días y su olor a ausencia;

de qué sirve enumerar las sonrisas
cuando los lamentos de la tristeza
desgarran la piel.

XIV

Cuándo empezó la lluvia
a ser lamento, a desteñir
los guijarros, a borrar
las letras del alfabeto.

Dónde mi espíritu
se quitó los zapatos
para caminar
en los cilicios.

XV

Parece que la noche
termina, sólo parece,
la noche arrecia
tengo miedo
(hablo por mí
no por tus hijos)

rompí el pacto
la casa entera
está sobre mí,
pensé en huir
despojar mis vestiduras
dejar caer las espinas,

regresó la nostalgia
y la noche con ella.

XVI

Espada
ceniza
veneno
es
a
mis
manos.

XVII

Un solo sonido
permanece en la callada
monotonía del barro,
regresa el abismo.

XVIII

Aún escuchamos
tu voz por la casa.

Amargo el rencor
al dejar tu cuerpo,
amargas las vendas
que cierran ojos,
atan sueños.

XIX

Cambiamos de territorio
al habitar islas
en medio de la nada,
rodeados de cardos
con los cuales
nos vestimos.

XX

Viajamos de habitación
en habitación para limpiar
las lágrimas en las paredes,
hicimos inventario
de tu imagen en las fotos,
contamos las palabras
en las listas del mercado
con la única intención
de retener,
al menos,
el silencio
que escuece
cada rincón
de la casa.

XXI

Hace tiempo
que dibujo
las líneas de tu mano
para descifrar mi futuro.

XXII

Llegamos tarde, lo sabes,
seguimos en la sombra
nuestra voz es sombra

nuestro cuerpo es sombra
nuestra vida, sombra.

XXIII

En las plegarias
se perdió la fe
y con los restos
construyeron murallas,
dentro viejas canciones
tienen su morada.

XXIV

Señor
nos persigue su voz.

Día tras día
limpiamos las plantas,
los sueños,
las ilusiones,

los corredores
están impecables,
ninguna mota de polvo
sobre las manos,
en los tendedores
refulgen los corazones.

Porqué, Señor,
nos persigue su voz.

XXV

Se apagó la sed, Señor,
la sed de nuestras almas.

XXVI

La memoria
es una dictadura.

XXVII

Paremos aquí
los autocastigos
y las quejas,

basta de roer aldabas,
de abrir puertas a la nostalgia,
golpearse contra la pared del dolor,

dejemos que la luz
cubra las ausencias
y, la luz, se instale
de una vez, por siempre,
en nuestros cuerpos.

DAVID ROSALES ARAGÓN. Nació el 29 de diciembre de 1965, en Ecatzingo, Estado de México. Es egresado de la Facultad de Ciencias de la Conducta de la UAEM, además realizó estudios de Lengua y Literatura en la UNAM. Aparece en diversas antologías. Ha publicado *El rey de los lagartos*, Cuadernos del Borde No. 10, y *Caín en el país de Abel*, Instituto Mexiquense de Cultura. En el 2007 fue becario del Fondo para la Cultura y las Artes del Estado de México. En 2008 recibió el Premio Nacional de Literatura “Alí Chumacero”, convocado por Casas del Poeta, A. C., por su obra *Bregas*. En el 2009 fue becario del Fondo para la Cultura y las Artes del Estado de México y recibió el Premio Internacional de Poesía “Gilberto Owen” que otorga la Universidad Autónoma del Estado de México por su poemario *Viento del Sur*.



SGC - UAEM
ISO 9001:2008